

## APOSTOLADO Y ORACIÓN

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

---

### APOSTOLADO Y ORACION

Si todo el orden de la justicia original era ya gracia, don de Dios, gratuito y no merecido, el de la Redención —el restablecimiento de aquella vida sobrenatural perdida— era doblemente un fruto de la misericordia divina. Y la actitud de la criatura no podía ser otra que la de la imploración: confiada pero humilde; porfiada pero plenamente consciente de que era gracia, favor no debido, porque no había acción alguna capaz de obtener como consecuencia propia aquella salvación por la que rogaba. *Para que viniera el Mesías, pasaron siglos y siglos. Los patriarcas y los profetas pidiendo, y todo el pueblo de Israel: ¡que la tierra tiene sed, Señor, que vengas!*<sup>1</sup>. Dios quiso —y aun eso mismo era ya fruto de una gracia especial, concedida en relación con los méritos de Cristo— la oración insistente de los justos, antes de que la Encarnación del Verbo se realizase.

Por eso cuando María Santísima comunica a Isabel su gozo ante el comienzo de la Redención, puede decir que Dios *desplegó el poder de su brazo y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes. A los hambrientos los llenó de bienes, y a los ricos los despidió sin nada.*

---

(1) De nuestro Padre, Tertulia, 20-IX-1961, en Crónica X-61, pp. 41-42.

*Acogió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia* <sup>2</sup>.

El mismo Jesucristo, en cuanto hombre, reza, ruega, suplica, pide, para señalarnos el camino justo, la actitud debida ante lo que es pura gracia. Al final de su vida en la tierra, su oración sacerdotal se prolonga insistentemente, conmovedora: *glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti; pues le has dado poder sobre todo linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado* <sup>3</sup>. Implora al Padre su gracia, para que los guarde y los santifique <sup>4</sup>; y le encomienda la eficacia de la acción apostólica: *no te ruego solamente por éstos, sino también por todos los que han de creer en mí por medio de su predicación* <sup>5</sup>. Poco después, transido de dolor en Getsemaní, lleno de angustia, *oraba más insistentemente; y sudó como gruesas gotas de sangre, que corrían hasta la tierra* <sup>6</sup>; aun entonces renueva repetidamente el consejo a los suyos: *velad y orad* <sup>7</sup>.

Hasta el fin de los tiempos habrá de continuar la Iglesia ese clamor suplicante de Cristo: sobre todo mediante la Misa, sacrificio impetratorio de valor infinito, donde se renueva incesantemente la petición de gracia; y siempre en nombre de Jesucristo: *per Dominum nostrum Iesum Christum*. Ese es el primer oficio de la Iglesia, y por consiguiente el primer oficio de sus ministros, los sacerdotes: rezar, en la Misa especialmente, y en el oficio divino, que es la oración pública de la Iglesia. Rezar, apoyados en la promesa del Señor: *en verdad, en verdad os digo que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedidle y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo* <sup>8</sup>. Y como todos somos Iglesia, todos hemos de participar en esa oración.

En nuestra vida de cristianos también ha de ser la oración nuestra actitud fundamental: rezar, implorar unidos a Jesucristo, que ha dicho a todos: *si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará* <sup>9</sup>.

(2) Luc. I, 51-54.

(3) Joann. XVII, 1-2.

(4) Cf. Joann. XVII, 6-19.

(5) Joann. XVII, 20.

(6) Luc. XXII, 44.

(7) Matth. XXVI, 41.

(8) Joann. XVI, 23-24.

(9) Joann. XVI, 15.

Base de toda labor sobrenatural

**Rezar: ése es el camino** <sup>10</sup>, nos ha dicho nuestro Padre. Y en una meditación comentaba: *los Hechos de los Apóstoles nos han transmitido una escena que a mí me enamora, porque es un ejemplo vivo para nosotros; por eso la he hecho grabar en tantos oratorios y en otros lugares: perseveraban todos en las enseñanzas de los Apóstoles, y en la comunicación de la fracción del pan, y en la oración* (Act. II, 42).

*¿Qué han hecho, hijo mío, todos los santos? Pienso que no ha habido uno solo sin oración; ninguno ha llegado a los altares sin que haya sido alma de oración* <sup>11</sup>. Y es que, como afirmaba en esa misma meditación, *la oración, hijos, es el fundamento de toda labor sobrenatural* <sup>12</sup>.

Sobrenatural —frutos de gracia— es el fin que Dios ha dado a su Obra: y los medios han de ser proporcionados. *Permanecer todos unidos en la oración: éste es el único secreto de la Obra, éste es el origen de nuestra alegría, de nuestra paz, de nuestra serenidad y, por tanto, de nuestra eficacia sobrenatural* <sup>13</sup>.

La Obra misma nació después de muchos años de oración, de petición continua de nuestro Padre. *Desde los quince años comencé a pedir por el Opus Dei, sin saber lo que era. Tenía barruntos. Pedí muchos años sin saber lo que era, y decía: Domine, ut sit!* <sup>14</sup>. Esta es la doctrina y el ejemplo constante que nos dio nuestro Fundador: lo primero que hacía siempre era rezar, rezar mucho, a veces viviendo a la letra aquellas palabras del Evangelio: *pernoctans in oratione Dei* <sup>15</sup>, pasando la noche en oración. Y cuando algo se hacía más necesario o más difícil, acudía más intensa y continuamente a la oración, y nos movía a

(10) De nuestro Padre.

(11) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955, en *Crónica*, 1972, p. 1098.

(12) *Ibid.*

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 19-III-1954.

(14) De nuestro Padre, *Tertulia*, 20-IX-1961, en *Crónica* X-61, p. 41.

(15) *Luc.* VI, 12.



rezar a todos con más fuerza, por más tiempo: *tened una confianza plena y una firmísima esperanza; seguid rezando sin interrupción, ofreciendo a Dios cada día vuestro trabajo y vuestro sacrificio, para que, finalmente, pueda llegarse a una solución conveniente* <sup>16</sup>, nos decía, por ejemplo, a propósito de su intención especial.

El Señor está dispuesto a dar: la condición es pedir. *Estad seguros, hijos míos: fiat tibi sicut vis (Matth. XV, 28), hágase como tú quieres, es la respuesta de Jesucristo a la oración piadosa, confiada y perseverante* <sup>17</sup>.

### *Primacia de la oración*

Ese sentimiento instintivo, esa necesidad de rezar sólo puede diluirse, sólo puede dejar de ser sentida por dos motivos: por una oculta soberbia, que tiende a atribuir a nuestra actividad frutos sobrenaturales; o por desvirtuar el apostolado, convirtiéndolo en una acción con finalidad puramente natural —social, política, cultural...—, que puede por tanto obtenerse con simples medios humanos.

Al clausurar la segunda etapa del Concilio Vaticano II, Pablo VI afirmaba una vez más la primacía de la oración en la obra salvífica de la Iglesia. *Nuestro espíritu se llena de gozo ante este resultado. Rendimos en esto homenaje conforme a la escala de valores y deberes: Dios en el primer puesto; la oración, nuestra primera obligación; la liturgia (...), la primera invitación al mundo para que se desate en oración dichosa (...); es, en efecto, la Iglesia una sociedad religiosa, es una comunidad orante, es un pueblo floreciente de interioridad y de espiritualidad promovidos por la fe y la gracia* <sup>18</sup>. Pensar que la salvación de las almas, la santificación, la corredención, puede ser fruto del talento, de la actividad, de medios meramente humanos, es condenarse al fracaso, a la esterilidad

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1958.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 25-I-1961.

(18) Pablo VI, *alloc.* 4-XII-1963.

más absoluta, porque *si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan sus centinelas* <sup>19</sup>.

Y con el fracaso, el abandono de la labor, porque *sin oración no es posible perseverar en el apostolado* <sup>20</sup>. El apóstol que no reza no lleva otras almas a Dios, y acaba por alejar de El incluso la propia alma. Por eso, continuaba el Papa, *si nosotros ahora simplificamos algunas expresiones de nuestro culto, y tratamos de hacerlo más comprensible al pueblo fiel y más asequible al lenguaje actual, no queremos ciertamente disminuir la importancia de la oración, ni posponerla a otros cuidados del ministerio sagrado o de la actividad pastoral (...). Nadie pretenda turbarla, nadie pretenda ofenderla* <sup>21</sup>.

Ni siquiera la mortificación puede de suyo dar fecundidad al apostolado, porque la santificación *no es obra del que quiere, ni del que corre, sino de Dios, que usa de misericordia* <sup>22</sup>. Y en consecuencia, el mismo sacrificio ha de elevarse a Dios con un sentido humilde de súplica, de impetración, de ruego. Por eso nuestro Padre nos ha señalado este orden en el plano de la actividad apostólica: *primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción* <sup>23</sup>.

Dios ha querido asociarnos a su obra redentora sobre todo por la oración. *"Somos cooperadores de Dios"* <sup>24</sup>. Bien entendido que no por insuficiencia del poder divino, sino porque Dios emplea causas intermedias para que se conserve en las cosas la belleza del orden y para comunicar a las criaturas la prerrogativa de la causalidad <sup>25</sup>. En la redención, esta causalidad está muy especialmente subordinada: porque es el reino de la gracia, del favor divino, de la misericordia, no del derecho. Por eso se nos ha mandado: *orad unos por otros, para que seáis salvos* <sup>26</sup>. Y aun al rezar, al suplicar, somos simples instrumentos de la acción salvífica de Dios, que *predestina de tal modo la salvación de alguien, que den-*

(19) Ps. CXXVI, 1.

(20) De nuestro Padre.

(21) Pablo VI, *alloc.* 4-XII-1963.

(22) Rom. IX, 16.

(23) *Camino*, n. 82.

(24) I Cor. III, 9.

(25) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 23, a. 8 ad 3.

(26) Jacob. V, 16.

tro de ese plan de predestinación se comprende todo lo que promueve la salvación del hombre, tanto sus propias oraciones como las de los demás <sup>27</sup>. Así, cuando el Señor concede la gracia a un alma en virtud de nuestras oraciones, no hace más que cumplir su voluntad antecedente, que contenía aquella gracia mediante aquella oración. De ahí que nuestro mismo rezar deba estar siempre en conformidad con el querer de Dios: *que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo* <sup>28</sup>.

Nuestra situación es la de quien nada tiene y nada puede obtener por sí, pero ha recibido la promesa de que, si pide, obtendrá. Nuestra filiación divina adoptiva —también gratuita— nos confiere un título de esperanza: si rezamos a nuestro Padre Dios, nos escuchará. Hemos de ir, pues, a la oración, al reconocer que por nosotros mismos nada podemos, que toda la eficacia ha de venir del Señor. *No es necesario que dirijamos oraciones a Dios para darle a conocer lo que nos falta y nuestros deseos, sino para que nosotros mismos nos demos cuenta de que en eso hay que recurrir al auxilio divino* <sup>29</sup>. La razón de la absoluta necesidad de la oración de petición es que el Señor nos la exige de modo perentorio.

### *Oración con obras*

*Rezar, rezar es el sistema; luego, a trabajar con serenidad y alegría* <sup>30</sup>. Luego a trabajar, porque la acción apostólica es una obligación para la inmensa mayoría de los cristianos. Y esas obras son entonces manifestación indispensable de la sinceridad y de la rectitud de la oración.

*Hay muchas maneras de orar. Yo quiero para vosotros la oración de los hijos de Dios; no la oración de los hipócritas, que han de escuchar de Jesús aquello de que no todo el que dice: ¡Señor!,*

(27) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 23, a. 8.

(28) *Matth.* VI, 10.

(29) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 83, a. 2 ad 1.

(30) *De nuestro Padre*, n. 65.



¡Señor!, entrará en el reino de los cielos (Matth. VII, 21). *Nosotros hacemos la voluntad de su Padre, después de haber hecho la dedicación de nuestra vida. Nuestra oración, nuestro clamar: ¡Señor!, ¡Señor!, va unido al deseo eficaz de cumplir la Voluntad de Dios. Ese clamor se manifiesta en mil formas diversas: eso es oración, y eso es lo que yo quiero para vosotros* <sup>31</sup>.

*Al cumplir las Normas, subraya nuestro Padre, sin darte cuenta, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana, estás haciendo oración: actos de amor, actos de desagravio, acciones de gracias; con el corazón, con la boca, con las pequeñas mortificaciones que encienden el alma* <sup>32</sup>. En definitiva: *quiero que toda nuestra vida sea oración* <sup>33</sup>.

Repetidas veces hizo notar nuestro Fundador que *el arma del Opus Dei no es el trabajo: es la oración. Por eso convertimos el trabajo en oración y tenemos alma contemplativa* <sup>34</sup>. Al trabajar, al cumplir los deberes del propio estado y del propio oficio, con nuestra tarea ordinaria —llena, bien acabada, con perfección humana— hecha sobrenatural por la intención y por el modo de realizarla, elevamos al Señor nuestra súplica; acompañando así la oración con la prueba de querer eficazmente que se haga su voluntad.

En la oración buscamos identificar nuestra voluntad con la de Dios: *non mea voluntas, sed tua fiat* <sup>35</sup>, no se haga mi voluntad, sino la tuya. No vamos a afirmar deseos y proyectos nuestros, sino los de Dios. No vamos a comunicar al Señor lo que queremos, sino a que nos dé a conocer qué es lo que quiere de nosotros para hacerlo, porque El conoce todo lo que necesitamos <sup>36</sup>, y hará que las cosas sucedan *antes, más, mejor* de lo que pudiéramos soñar.

Por eso, la humildad ha de ser condición indispensable de la petición. No invocamos, como el fariseo de la parábola, que *yo no soy como los demás hombres, ladrones, injustos...* <sup>37</sup>; no presentamos como tí-

(31) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955, en *Crónica*, 1972, p. 1099.

(32) *Ibid.*, p. 1100.

(33) *Ibid.*

(34) De nuestro Padre, *Crónica IX-59*, p. 9.

(35) *Luc.* XII, 43.

(36) Cfr. *Matth.* VI, 32.

(37) *Luc.* XVIII, 11.

tulo de petición la rectitud de nuestra voluntad y de nuestra conducta, sino la bondad y la misericordia divina: *Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador* <sup>38</sup>, hemos de decir con el publicano. Y suceda lo que sucediere, aceptamos rendidamente lo que el Señor determine, que es siempre lo mejor.

### *Confianza en la oración*

Este poner todo humildemente en manos del Señor incluye una gran confianza. Sabemos que Dios es Padre amorosísimo, siempre dispuesto a dar, siempre dispuesto a salvar, a tocar el corazón de los hombres y encenderlos en deseos de amor. Ni el convencimiento de la propia indignidad, ni las dificultades objetivas que hagan ardua la labor pueden empañar nuestra confianza. El Señor nos ha llamado al apostolado, a pesar de nuestras miserias, contando con las dificultades que encontraríamos, para que veamos claramente que es El quien logra todo, el que otorga el fruto. Sólo *quiere que le pidamos su ayuda, para que nuestro deseo se haga realidad: petite, et dabitur vobis; quaerite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis* (Matth. VII, 7): *pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá* <sup>39</sup>. ¿Qué mayor motivo podemos tener para pedir con confianza, que esta promesa del Señor? Contamos, además, con la intercesión de la Santísima Virgen, que todo lo puede ante Dios. *Al hacer vuestras labores apostólicas, al pegar el fuego de proselitismo* —decía nuestro Padre— *debéis estar siempre unidos a Dios, pero buscando la unión con Dios junto a su Madre bendita* <sup>40</sup>. Ante nuestro desvalimiento, recurrimos a María. *Subió al cielo nuestra Abogada, para que como Madre del Juez y Madre de Misericordia, trate los negocios de nuestra salvación* <sup>41</sup>. Tenemos además confianza en la intercesión de los Angeles y de los Santos.

(38) Luc. XVIII, 13.

(39) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945.

(40) De nuestro Padre.

(41) San Bernardo, *In Assumptione B.V.M. sermo* 1, 1.



Cuando encomendamos el proselitismo y el apostolado, hay plena seguridad de que el Señor nos escucha. El mismo nos ha mandado: *rogad al dueño de la mies que envíe operarios a su mies* <sup>42</sup>. Tenemos todos los motivos para acudir al Señor con confianza. Nada debe quebrantar esa fe, nada puede legítimamente atenuarla. *Pide con fe, sin sombra de duda; pues quien anda dudando es semejante a la ola alborotada del mar y agitada por el viento de acá para allá* <sup>43</sup>. No tener esa confianza, dudar, es tener en menos la omnipotencia del Señor, no dar pleno crédito a sus promesas, es apoyarse en sí mismo. *Pídele sin titubear, y conocerás que su gran misericordia no te abandona, sino que dará cumplimiento a la petición de tu alma* <sup>44</sup>.

Esa confianza se manifiesta también en rogar una y otra vez al Señor, hasta que nos conceda lo que le pedimos. Jesús nos propuso la parábola del juez inicuo y la del amigo inoportuno que pedía unos panes a deshora, para que fuésemos perseverantes. Al que no desmaya, al que porfía con fe, Dios le escucha. *Y es que una de las cualidades de la buena oración es la tozudez. ¿No os acordáis cuando erais niños? —Papá, cómprame eso (...). Lloriqueábamos. Y continuábamos pidiendo, hasta que lo conseguíamos* <sup>45</sup>. Suplicar, importunar. *El que ruega, ruegue siempre; y aunque no siempre esté pidiendo, tenga en todo momento dispuesto el ánimo para pedir* <sup>46</sup>. Perseverancia: *¡Jesús, almas!... ¡Almas de apóstol!: son para ti, para tu gloria. Verás como acaba por escucharnos* <sup>47</sup>.

*Fundamento de la paz y de la eficacia*

*La llamada divina tiene una finalidad muy concreta, nos recuerda nuestro Padre: meterte en todas las encrucijadas de la tie-*

(42) *Matth.* IX, 38.

(43) *Jacob.* I, 6.

(44) *Pastor de Hermas, Mand.* IX, 1.

(45) De nuestro Padre, *Tertulia*, 20-IX-1961, en *Crónica* X-61, p. 42.

(46) San Ambrosio, *Expositio in Ps. CXVIII*, 19, 18.

(47) *Camino*, n. 804.

*rra, estando tú bien metido en Dios* <sup>48</sup>. Todo nuestro afán apostólico ha de traducirse en petición continua, confiada, humilde. *La oración es el medio más eficaz de proselitismo* <sup>49</sup>.

Sin oración no puede haber frutos. *Tened en cuenta* —escribió nuestro Fundador— *que si los cristianos no son más eficaces, es porque rezan pocos; y los que rezamos, rezamos poco* <sup>50</sup>. El ambiente, las dificultades objetivas, todo lo supera la oración. Si no hay frutos, si las almas no responden, si nuestra labor de proselitismo y de apostolado no es más eficaz, es porque rezamos poco. Recemos, recemos mucho, y desaparecerán todas las dificultades.

*La oración es el fundamento de nuestra paz y de nuestra eficacia apostólica* <sup>51</sup>. Con oración todo lo conseguiremos; sin oración no puede haber fruto sobrenatural; no sería posible que lo hubiese. Todos tenemos experiencia muy viva de que, con las almas, llega un momento en que ya no podemos hacer más, que la única solución es acudir al Señor, porque sólo El mueve los corazones. Las dificultades sólo se superan con el Señor. El afán de mies ha de verterse en súplicas. *Me escribes: "el deseo tan grande que todos tenemos de que "esto" marche y se dilate parece que se va a convertir en impaciencia. ¿Cuándo salta, cuándo rompe..., cuándo veremos nuestro el mundo?"*

*Y añades: "el deseo no será inútil si lo desfogamos en "coaccionar", en importunar al Señor: entonces tendremos un tiempo formidablemente ganado"* <sup>52</sup>.

A medida que rezamos, identificamos nuestra voluntad con la voluntad salvífica de Cristo, conformamos nuestra petición a la suya, y nos hacemos más dignos de ser escuchados. *Cuanto tú más recibas, más se alegra El y más dispuesto está a seguir dándote; Dios tiene por propia riqueza nuestra salvación. Y su gloria está en dar copiosamente a cuantos le piden, que es lo que declaraba San Pablo, cuando decía: "rico con todos y sobre todos los que le invocan"* <sup>53-54</sup>.

(48) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955, en *Crónica*, 1972, p. 1104.

(49) *Camino*, n. 800.

(50) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945.

(51) De nuestro Padre, *Carta*, 14-II-1944.

(52) *Camino*, n. 911.

(53) *Rom.* X, 12.

(54) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 22, 6.

Ese unirnos a Cristo en la oración de petición, con afán de redimir a los hombres, nos hace sentirnos seguros, firmes, confiados; aleja la angustia, la zozobra interior del alma que se apoya en sus propias fuerzas. El instinto de rezar es, a la vez, camino y fruto para alcanzar la plenitud del sentido de nuestra filiación divina; y con ese sentido, la paz. *La conciencia viva de nuestra filiación divina os dará esa serenidad, porque este rasgo típico de nuestro espíritu nació con la Obra, y en 1931 tomó su forma: en momentos humanamente difíciles, en los que tenía sin embargo la seguridad de lo imposible —de lo que hoy contempláis hecho realidad—, sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: Abba! Pater! Estaba yo en la calle, en un tranvía: la calle no impide nuestro diálogo contemplativo; el bullicio del mundo es, para nosotros, lugar de oración* <sup>55</sup>.

(55) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 5: La misión apostólica](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)